

Walter ANDRAE, *Memorias de un arqueólogo. Viajes y descubrimientos alemanes en Babilonia y Asiria*, La Coruña, Universidad Autónoma de Madrid y Ediciones del Viento, 2010, 373 pp. [ISBN: 978-84-96964-54-9].

La obra que nos ocupa pertenece al arquitecto, arqueólogo y dibujante alemán Ernst Walter Andrae (Leipzig, 18 de febrero de 1875 – Berlín, 28 de julio de 1956). De profesión arquitecto, con sólo 23 años, y recién terminados sus estudios, fue contratado como dibujante para participar en el primer gran proyecto arqueológico alemán en Mesopotamia, llevado a cabo entre 1898-1903. Bajo la dirección de Robert Koldewey, pretendían excavar los restos de la antigua Babilonia con el apoyo del káiser Guillermo II, maravillado por la cultura oriental tras su viaje a Turquía en 1898 y firme impulsor de los trabajos alemanes en la zona para conseguir equiparar, en cuanto a la antigüedad oriental, en prestigio e importancia el Museo de Berlín con el Louvre o el British. Ello le ayudó para, poco después y entre 1903-1914, convertirse en el director de la excavación de Assur (trabajo llevado a cabo con gran meticulosidad para sacar a la luz sus palacios y templos), junto con Julius Jordan y que no le impidió, al mismo tiempo, realizar estudios en Borsippa, Fara y Hatra, o en la ciudad hitita de Sam'al.

En 1921, y tras quince años de trabajos en Oriente, regresó a Alemania donde sucedió a Koldewey como conservador en el *Vorderasiatisches Museum Berlin*. Llegó a alcanzar el cargo de director, que ocuparía entre 1928-1952, encargándose de la apertura de las recién creadas salas dedicadas a Babilonia en 1930 y donde se muestra su trabajo de reconstrucción y recuperación de la impresionante Puerta de Ishtar o de la Vía de las Procesiones de Babilonia. Al mismo tiempo, en 1923 obtuvo la cátedra extraordinaria en la Universidad Técnica de Berlín, donde impartió clases de Historia de la arquitectura desde ese año, recibiendo el título de profesor emérito en 1946 y retirándose en 1952 para fallecer solo cuatro años después a la edad de 81 años, habiendo ostentado también la presidencia de la Koldewey-Gesellschaft y de la Deutsche Orient-Gesellschaft.

Sus incansables trabajos en Oriente le brindaron la oportunidad de escribir decenas de obras científicas, estudios y memorias de excavación, de entre los que, para no citarlos todos, destacaremos *Der wiedererstandene Assur*, (*Assur reedificada*, J. C. Hinrichs, Leipzig 1938) y el trabajo que nos ocupa *Lebenserinnerungen eines Ausgräbers* (Herausgegeben von Kurt Bittel und Ernst Heinrich, de Gruyter, Berlin 1961) obra póstuma que nos rescata del olvido la vida de este gran aventurero y explorador al tratarse de su autobiografía, en la que también refleja las convulsiones sociales y políticas de su época. Hoy por hoy se trata de la única obra de Walter Andrae en castellano y la primera que se traduce a un idioma que no fuera el suyo propio, lo cual muestra la dificultad de la tarea y su dimensión. En cuanto a la primera edición de este texto, debemos destacar a dos figuras esenciales para que viera la luz, en primer lugar a su esposa Emma Andrae, que redactó parte del manuscrito cuando aquel se encontraba casi ciego al final de su vida y lo preparó para la imprenta, y al también arquitecto, discípulo y continuador de su cátedra, Ernst Einrich. Una segunda edición –sobre la cual se ha basado esta traducción– se publicó en 1988, respetando la intro-

ducción a dicha primera edición llevada a cabo por el propio Heindrich y en la que se demuestra el aprecio que éste sentía para con su maestro. Siempre acompañado de su caja de acuarelas, esta obra nos ofrece también numerosos dibujos (en color o blanco y negro) y acuarelas en que refleja no solo los restos arqueológicos que se encargó de recuperar, sino también los paisajes orientales y las gentes con las que tuvo contacto.

Especialmente importante en este contexto es esta obra de Walter Andrae, no solo por sus inestimables aportaciones en cuanto a obras y estudios sobre las culturas y civilizaciones que poblaron aquella región, sino por ser uno de sus descubridores y una de sus más importantes figuras en cuanto a la renovación del panorama científico oriental, su difusión científica y su conservación. No en vano, la intensa actividad científica y arqueológica de las misiones alemanas en esta época supusieron la implantación de técnicas de trabajo y documentación no solo novedosas sino cualitativamente mejores, que permitieron tanto nuevos e increíbles descubrimientos como un estudio de éstos más cuidadoso y profundo que servirá de base para el surgimiento de la arqueología moderna al aunar disciplinas tan relacionadas en este campo como la arqueología y la arquitectura. Nos encontramos, pues, ante un libro vital, de viajes, impresiones, sensaciones y acontecimientos que jalonaron la vida de nuestro autor, y que nos ofrece momentos y detalles muy importantes sobre la vida de un arqueólogo que no se pueden encontrar en informes o publicaciones, donde incluye conscientemente numerosas de las cartas enviadas a su familia para completar el relato y, quizá, las posibles lagunas que ya en su vejez debieron asaltarle al intentar recuperar sus recuerdos.

En este sentido, esta obra editada a título póstumo y que realizó durante sus últimos años de vida, a pesar de sus graves problemas de visión, parece venir a cerrar de la manera más interesante e ilustrativa una obra científica que englobó toda una vida. En ella cuenta sus recuerdos personales, los primeros hallazgos alemanes en Oriente o la creación y montaje de los hallazgos alemanes en el Museo de Berlín. Es por todo ello que su publicación y traducción por primera vez (que él mismo no pensó que ocurriría) le suponen para nosotros un valor añadido, tanto para el conocimiento de este increíble personaje como para la difusión de su figura, trabajos y obras que supusieron una nueva etapa en el redescubrimiento de oriente. Pero sobre todo destaca su aspecto más humano, sus vivencias, sentimientos e inquietudes ante los lugares que recorrió y lo que en ellos descubrió, tanto para la humanidad como para sí mismo, gracias a su amor por la arqueología, el cual le ayudó a sobreponerse ante las convulsiones sociales y políticas que le tocó vivir, sirviendo también para ello, y no poco, el humor del que siempre hizo gala y que es claramente apreciable en sus escritos.

Por último, Andrae llega al final de su relato recordando su carrera profesional y los numerosos esfuerzos que realizó para que el mundo admirara la Antigüedad, no sin preocuparse de asegurar que ese legado quedaba en buenas manos tanto en lo físico como en lo intelectual (Museo y cátedra), agradeciendo su apoyo y ayuda durante toda una vida a sus amigos, que siempre lo admiraron y lo reconocieron como uno de los más importantes estudiosos de Oriente de la historia alemana y un ejemplo a seguir para las generaciones venideras. Andrae nos dejó con una fe religiosa recobrada e intensa y con la felicidad de saber que había hecho cuanto había podido y más por

ofrecer un legado de conocimiento inmenso, que había contribuido a recuperar una parte de la historia de Oriente para el resto de la humanidad. Muy posiblemente ello debió llenar de orgullo a quien no hacía muchos años contemplaba un mundo desde la ventana de Grimma que ni siquiera podía intuir que recorrería numerosos países e infinitos paisajes cuya belleza nunca lo abandonó y embelleció su espíritu hasta su fallecimiento. Se trata, por tanto, de una obra de interés e importancia incuestionable tanto a nivel científico como vital y que nos acerca, de una manera amena y cercana, a la figura de uno de los más importantes arqueólogos de la historia.

Arturo SÁNCHEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid
artursan@estumail.ucm.es